

## **“En tanto, yo forjo mi revista semanal”. Cuatro crónicas no recopiladas de Amado Nervo**

El desconocimiento de la iniciación modernista de Amado Nervo en *El Correo de la Tarde* ha ocultado también sus primeras crónicas, publicadas en aquel vespertino mazatleco desde el 10 de octubre de 1892 hasta el 27 de agosto de 1894<sup>1</sup>. Nada hay de la estética de Darío o del estilo najeriano —salvo algunos atisbos de versificación— en las páginas autobiográficas, los cuentos y poemas de *Mañana del poeta*, escritos entre 1886 y 1891. En opinión de Alfonso Méndez Plancarte, compilador de las primeras letras nervianas, aún no se escucha en ellas “la hora del modernismo [...]. Esta hora (y más en el reloj atrasado del rincón de Nervo), era todavía 1872, cuando Pimentel sacaba a la admiración de la Academia de Ciencias y Letras el hecho peregrino de que Rosas, en sus Fábulas, supiera pronunciar ‘maíz’ y ‘país’ en vez de ‘páis’ y ‘máiz’ ” (1938 60). El ángulo de la provincia mexicana que señala Méndez Plancarte es Zamora, Michoacán, en cuyo seminario diocesano Nervo cursó parte de las “facultades menores” en calidad de alumno externo: matemáticas, física y lógica. En 1889 ingresó al Seminario para estudiar derecho natural. Libre de cargas escolares por la supresión de la Facultad de Leyes al año siguiente, Nervo dedica la mayor parte del tiempo a sufrir su primer imposible amoroso, alentado por el desdén de una adolescente seráfica de catorce años; a la vez explora su talento literario, un

---

<sup>1</sup> En un artículo precedente, “Amado Nervo, un conde modernista en Mazatlán” (*Biblioteca de México*, núm. 42, nov-dic. de 1997, pp. 23-25), he adelantado otras noticias sobre el hallazgo documental, la autoría y los seudónimos de la obra literario-periodística que Nervo escribiera en aquel puerto. El trabajo se acompaña de la prosa “El Conde Juan” (pp. 26-27) y de la “semblanza” versificada “Lupe Rivas” (p. 28).

don divino impregnado de fatalidad: “Dios me había hecho poeta, y ya se sabe que un poeta es un pobre loco, apasionado por todo lo bello, por todo lo misterioso, y, añadamos, por todo lo triste. La melancolía que muchos huyen, tiene también su pléyade de amantes: ¡los poetas!” (1938 76). Esta exaltada conciencia romántica convive con el poeta académico y con el narrador atento al moralismo de José Selgas, pero termina enfrentada a la esporádica vocación sacerdotal de 1891, “el año hacia el altar” en el que el escritor en ciernes destruye buena parte de sus cuadernos juveniles, con el tiempo, revisados por Méndez Plancarte para preparar *Mañana del poeta*: “Arrancó páginas y más páginas —unas 150 hojas—, y sólo trató de compensar sus mutilaciones añadiendo algunas poesías nuevas, casi todas religiosas [...] Por lo demás, aun a través de las que no juzgó pasto de la hoguera, pasó su pluma regando tachaduras celosas. Mas bajo muchas de éstas alcanza a leerse la primera redacción, y de allí las variantes que he copiado también y que son a veces curiosísimas” (54).

Las minuciosas “Notas preliminares” de *Mañana del poeta* concluyen de manera un tanto abrupta debido al desconocimiento documental de la siguiente producción nerviana. “¿Qué sucedió más tarde? —se pregunta Méndez Plancarte—. Su estancia en Tepic, donde no pudo realmente sentirse ‘muy hallado’ fue pequeña. Pronto, en busca de mejores empleos y de un ambiente más vasto, marchóse a Mazatlán. Y la literatura fue cada día con más vehemencia empujándolo hacia la Metrópoli” (1938 64). Desconcertante atajo para un investigador que emprendió el camino largo de la crítica textual en sus ediciones de 1938, 1943 y 1952<sup>2</sup>, las cuales dejan ver, lamentablemente, el mismo escollo: las inasibles colaboraciones de Nervo en *El Correo...* Fieles a su origen marítimo, también escaparon de las redes de Francisco González Guerrero, tendidas para la edición más completa de la prosa nerviana de 1952. Es notable la honestidad del editor: “Desconozco lo que escribió Nervo en Mazatlán. Correspondía a Genaro Estrada hacer la relación de los trabajos periodísticos y literarios de Amado

---

<sup>2</sup> En las *Poesías completas* de Nervo, preparadas por Méndez Plancarte en 1943 y 1952, se insistía en “ofrecer [...] todo el Nervo lírico” (1991 II 1263).

Nervo en esta época de su vida, pero no se refiere a ellos sino con brevedad y por mera incidencia” (Nervo 1991 I 10-11). En efecto, Estrada sólo glosa las “muchas gacetillas, algunos poemas y reseñas de los bailes [...] en las que el uso de la época imponía para cada linda muchacha una alusión deliberadamente romántica, con poesías en verso o en prosa” (Estrada 1993 ix)<sup>3</sup>. Lo cierto es que esta salida de Estrada, demasiado fiel a la voluntad nerviana de no precisar su iniciación modernista, sigue de cerca una “Crónica de la semana”, publicada el 21 de diciembre de 1904: “Estos grandes bailes me recuerdan algunos detalles de mis albores de cronista que valen la pena de referirse” (1991 I 1077). Pero su elusiva confidencia no fue más allá de un par de anécdotas jocosas relacionadas con sus primeras lectoras.

Ya Ernesto Mejía Sánchez anticipó (1971 xvi) que resultan más reveladoras las líneas de Nervo escritas en 1903 como prólogo al volumen III de las obras najerianas en prosa: “Conocía yo casi toda la obra de Gutiérrez Nájera; desde el rincón de mi provincia devoraba sus artículos a medida que aparecían en los diarios” (1991 I 1312). ¿Cuál es la latitud de ese terruño que Nervo no precisó? ¿“Tepic, Jacona, Zamora, otra vez Tepic y Mazatlán”? como propone Mejía Sánchez siguiendo el itinerario vital del poeta (xvi), o ¿sólo la estancia mazatleca de 1892-1894 con su breve prelude tepiqueño?, según nos revelan las crónicas, poemas y relatos publicados en las cuatro páginas de *El Correo*...

Si Mejía Sánchez hubiera tenido a la vista aquel diario, sin duda habría profundizado aún más su propuesta sobre “esta época de Nervo en Mazatlán, decisiva en su labor literaria, por cuanto en ella se acerca a la corriente modernista” (xvi). Desafortunadamente, sus afirmaciones se vieron limitadas por seguir la investigación parcial de Francisco Ramírez Villarreal, quien, según noticia de Mejía Sánchez,<sup>4</sup> restringió su escrutinio del vespertino a la

<sup>3</sup> El hecho de que Estrada haya ignorado —o le fuera imposible consultar— *El Correo de la Tarde*, fuente que González Guerrero supuso de acceso obligado para el mazatleco que preparó la utilísima *Bibliografía de Amado Nervo* (1925), no resta méritos a la prolija labor de Estrada, a la que mucho debe la edición de González Guerrero.

<sup>4</sup> En su opinión, hasta 1971 Ramírez Villarreal era “quien ha sacado más provecho de la producción poética de Nervo en *El Correo de la Tarde*” (xvii).

producción poética, tal vez por desconocimiento de los seudónimos nervianos Román y El Conde Juan; o bien, debido al ninguneo de aquellas “gacetillas y crónicas de bailes” que acabaron ocultando el encuentro de Nervo con las poéticas de Darío y Gutiérrez Nájera.

Aún se desconoce la fecha exacta del arribo del poeta al “primer puerto del Pacífico”, según el orgulloso epíteto de sus habitantes finiseculares. Antes de sustituir al escritor y periodista José Ferrel (1865-1954), encargado de la redacción del vespertino hasta el 31 de agosto de 1892, Nervo pudo haber trabajado un par de meses como escribiente en el bufete de su futuro jefe periodístico, el abogado Carlos Fernández Galán, responsable de la redacción de *El Correo...* con el acrónimo Lic. Carlos F. Galán. Este “vigoroso septuagenario”, descrito por Nervo en su madurez madrileña, (1991 II 401) había frecuentado la amistad del abuelo paterno del escritor novel y, “más por esto que por otras razones”, estimuló un talento literario que, más allá de la modestia nerviana, era imposible desconocer o desaprovechar en el reducido medio cultural porteño. La sólida formación académica, su avanzado dominio del francés y los conocimientos de la lengua inglesa, resultaron de gran utilidad para entenderse con el servicio cablegráfico que alimentaba las páginas del vespertino. Durante los veintidós meses de su noviciado periodístico, Nervo debió cubrir más actividades de las que su nombre o seudónimos ya han revelado. Sin duda, el cuidado de la edición, la escritura de gacetillas para las columnas sobre el acontecer local, o las esporádicas traducciones en verso y prosa, fueron labores anónimas compensadas por la satisfacción de firmar sus poemas con un nombre seguro de su valía literaria, Amado Nervo, quien —no menos consciente de la calidad de su prosa— debió encubrirse para ocultar su omnímoda presencia en *El Correo...*

El pertinaz oscurecimiento historiográfico del incipiente quehacer periodístico de Nervo quedó signado por una crónica anóni-

---

Como el azar documental es parejo, si a Mejía Sánchez le negó la consulta del vespertino, a mí no se me ha dado localizar el ejemplar de *Nosotros* (Monterrey, febrero de 1938, núm. 7, pp. 30-31, 55 y 58) que contiene el hallazgo de Ramírez Villarreal.

ma: “Los gallos”, textualmente emparentada con el resto de las 69 firmadas por Román. Confrontemos un fragmento de dicho texto con dos testimonios posteriores:

Yo recuerdo haber leído en las novelas, relatos encantadores de tiernas serenatas con un laúd, dadas al pie de calada celosía, en noches magníficas de luna, cuyos rayos suaves vestían de átomos luminosos los pardos muros de palacios sombríos.

¡Cuánto adjetivo! ¿eh? No obstante, no me culpéis a mí. Es la última moda literaria (*El Correo de la Tarde*, 10 de octubre de 1892, p. 1).

Es evidente la analogía temática del primer asunto con “La última semblanza”, relato que firmó Román el 28 de mayo de 1894 para descubrir el juego seudonímico de Nervo a sus lectoras, una vez que había decidido abandonar Mazatlán. Leemos en aquella prosa cercana al exotismo de Byron y José Zorrilla:

Enrededor del castillo las cabañas oscuras protegían el tranquilo sueño del pechero; a lo lejos se perfilaban sobre el horizonte las montañas, y la luna dulcemente serena y ambarina, escalaba el cielo y difundiendo su extraña luz, reinaba sobre la pasajera tranquilidad de los seres y de las cosas.

El eco de un laúd rasgó de pronto la sutil atmósfera y tras un preludeo lento, flotaron en el ambiente notas suaves y tembladoras.

El conde Juan, dueño del castillo vecino, del castillo que se yergue allá, sobre la altitud severa del monte, dejando el blando lecho y tentado por la belleza de una noche primaveral, venía a dar serenata a la castellana dormida, cabe los muros de la gótica mansión (*El Correo de la Tarde*, 28 de mayo de 1894, p. 1).

En cuanto a la filiación modernista, Nervo recordaría su toma de posesión como un leve “escollo generacional” con el “anciano hidalgo”:

Cuando encontraba un adjetivo se ponía serio y lo hacía pasar por la alquitara de su severo análisis.

—Yo no soy de la época de los adjetivos— me repetía con frecuencia, y con cierta desdeñosa inflexión que no olvidaré jamás.

Naturalmente, yo ‘que sí era de la época de los adjetivos’, llevaba mi escarcela bien repleta de esos diamantes de... Coro” (1991 II 401).

Por último, el título genérico de los “Cuadros de actualidad” también asegura la autoría de “Los gallos”, pues otras tres crónicas firmadas por Román se publicaron como parte de la serie.

Nervo creyó entrar de lleno a la modernidad poética de Darío y Gutiérrez Nájera desde la superficie del estilo de la “última moda literaria”; lo cierto es que le llevó varios meses —y decenas de cuartillas— desprenderse paulatinamente de las convenciones escriturales de la crónica romántico-costumbrista de Mesonero Romanos y Mariano José de Larra, o de las pautas nacionalistas de Guillermo Prieto, Francisco Zarco e Ignacio Manuel Altamirano. Para los fines de estas líneas de presentación, anoto la acelerada evolución del cronista desde la lectura panorámica de los títulos y subtítulos genéricos de su revista semanal: de los “Cuadros de actualidad” y “Esbozos del natural” a las “Pinceladas” y “Notas al vuelo”, transformadas en “Notas” y “Prosas ligeras” plenamente modernistas de aquellos “Lunes de Mazatlán”.

El 23 de febrero de 1893, Román firma “La gruta del Crestón”, crónica de un paseo en lancha por las entrañas que el mar ha tallado al pie del cerro, coronado por el faro de la época. Más allá de contener la primera referencia explícita al “caprichoso artífice de esa filigrana que se llama el libro *Azul*”, la peculiaridad estilística y temática del texto radica en su alejamiento de los compromisos morales y educativos que, desde su ingreso al periódico, Nervo había pactado con sus lectores. “La gruta del Crestón” inaugura para éstos el recurso de transformar, a partir de otros paradigmas culturales, determinada realidad local en materia literaria.

A mi memoria venían todas aquellas consejas de genios y de hadas que viven en palacios subterráneos, donde la estalactita brillante semeja columnata de cristal. Los puntos luminosos que flotaban sobre las ondas antojábanseme pupilas de gnomos, que se fijaban en nosotros, irradiando azufrada luz [...] El Crestón erguía no lejos sus muros hendidos, y en la cima, como blanca gaviota que contempla el mar desde su nido de rocas, veíase el faro, ojo vigilante que sondea las tinieblas del océano, luz perenne que brilla tranquila entre cielos y tierra como la esperanza, sobre los mares de la vida.

En adelante, Román puede permitirse transmutar el salón principal del Casino en “las estancias que la ideal narradora musulmana describió al poderoso príncipe de los creyentes”. Por esas mansiones literarias, más espectaculares y perdurables que los efímeros decorados *art-nouve*, desfila el “todo Mazatlán” esplendoroso que continúa valsando al eco de los acordes de la orquesta de Enrique Navarro. Inagotables Reynaldos y Armidas que, “echando en el olvido su mísera condición de mortales”, se niegan a morir mientras Nervo continúe concitando la imaginación de nuevos lectores.

La veta temática de las cuatro crónicas presentadas se desprende de aquella materia forjada en los “Lunes de Mazatlán”; a la vez, ilustran las reflexiones iniciales del autor sobre el género cronístico, rasgo constante que singulariza al autor de “Hacer un artículo”. A menos de dos años de su llegada a las redacciones de la ciudad de México, Nervo escribió el 25 de febrero de 1896:

Para escribir un artículo no se necesita más que un asunto: lo demás... es lo de menos. Hay en esto del periodismo mucho de maquina. Lo más importante es saber bordar el vacío, esto es, llenar las cuartillas de reglamento con cualquier cosa.

El periodista que es hábil en su *métier*, de nada, como Dios, hace un mundo de artículos economizando con maestría laudable su substancia gris para las grandes ocasiones [...]

Prometedme un asunto diario, y en nombre de mi conocimiento del “oficio” os prometo un artículo diario, advirtiendo que no se necesita un gran asunto. Dénmelo ustedes mediano, grande o pequeño, que el artículo saldrá, aunque su importancia, es claro, estará en proporción del tópico.

Si ustedes se achican, me achico, y si se acrecen, me acrezco. (1991 I 563-4).

Gracias al *corpus* rescatado de *El Correo de la Tarde*, hoy sabemos que el talento cronístico de Nervo comenzó a forjarse en su revista semanal de Mazatlán.

GUSTAVO JIMÉNEZ AGUIRRE,  
*Centro de Estudios Literarios del IIFl*

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- CLAITOR, DIANA. *100 Years ago. The Glorious 1890's*. Nueva York: M & M Books, 1990.
- ESTRADA, GENARO. "Prólogo", en Amado Nervo. *Poemas, Las voces, Lira heroica...* 2ª ed. México: Porrúa, 1993.
- MEJÍA SÁNCHEZ, ERNESTO. "Prólogo", en Amado Nervo. *Plenitud, Perlas negras, Místicas, Los jardines interiores, El estanque de los lotos*. México: Porrúa, 1971.
- MÉNDEZ PLANCARTE, ALFONSO. "Notas preliminares", en Amado Nervo. *Obras completas*, vol. XXX. *Mañana del poeta*. México: Ediciones Botas, 1938.
- NERVO, AMADO. *Obras completas*, vol. XXX. *Mañana del poeta*. Edición, prólogo y notas de Alfonso Méndez Plancarte. México: Ediciones Botas, 1938.
- . *Poesías completas*. Edición, introducción y notas de Alfonso Méndez Plancarte, Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1943.
- . *Obras completas*. 1ª ed. mexicana (ed. original 1952), 2 vols. Recopilación, prólogos y notas de Francisco González Guerrero (prosa) y Alfonso Méndez Plancarte (poesía). México: Aguilar, 1991.
- TREVIÑO GARCÍA, BLANCA ESTELA. " 'Kinetoscopio': Las crónicas de Ángel de Campo, Micrós, en *El Universal* (1896)". Tesis de maestría presentada en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, 1998.



## I. Domingo y lunes<sup>5</sup>

Para los que trabajan, para los que mantienen durante cada semana esa lucha por la vida, que proporciona tantas derrotas, el domingo es el día más hermoso, más radiante.

Parece que el primer rayo de sol, luminosa saeta que rasga las nieblas y viene a herir nuestras pupilas, es el presagio de venturas sin cuento.

Por más que el sentido común y la más rudimentaria ciencia nos manifiesten que el sol del cual procede ese rayo es el mismo de siempre, hay muchos que no lo creen. El sol que alumbra durante el domingo, dicen, es un sol hecho a propósito para tal día, ¿no ven ustedes qué alegre aspecto ofrece?

Y si intentáis convencerlos de lo contrario, no cederán.

A lo menos, os dirán, el sol “dominguero” se pone sus vestidos de fiesta...

Y tienen razón, si atendemos a que “todo es según el color del cristal con que se mira”, y cuando el hombre trabajador tiene en perspectiva un día feliz, todo lo ve con cristal color de rosa.

—Hoy es domingo, esto es lo primero que piensa el dependiente de nuestras grandes casas de comercio, lo que equivale a pensar:

—Hoy es día de holganza; a las once, cocteles y pastelillos; a la una, comida prolongada y sazónada por excelente apetito; a las dos, siesta; a las cuatro, calle; a las seis, serenata<sup>6</sup> (ahora Olas

---

<sup>5</sup> *El Correo de la Tarde*, 15 de mayo de 1893, p. 1.

<sup>6</sup> Las serenatas en las plazuelas de Machado e Hidalgo eran amenizadas por las orquestas de Enrique Navarro y Eligio Mora, o bien por la banda del batallón residente en Mazatlán. En uno de sus “Cuentos maravillosos”, Nervo aprovechó tardíamente el ambiente de aquellas audiciones: “La noche del 14 de

Altas)<sup>7</sup>, un cacho de conversación con la novia; después, un helado para mitigar el fuego del amor; a las ocho, cena en una carpa; después sigue de paseo y a las once o doce, el lecho y el sueño. ¡Sublime!

De pronto una sombra empaña el halagüeño rostro del dependiente.

Es que ha columbrado a lo lejos un espectro, el lunes, el lunes malhadado, día en que según la expresión de un chusco, ni las gallinas ponen.

Pero ¡eh!, ¿quién se acuerda de eso? ¡Pelillos a la mar, y a vestirse...!

El domingo pasa con más rapidez aún que los otros días, y el lunes llega con sus tristezas y tedios.

El que tenía la ilusión de convertir diez pesos en quinientos para ir a la exposición de Chicago<sup>8</sup>, se encuentra con que no tiene

julio había en la bella plaza de Machado una serenata, de esas serenatas mazatlecas que congregan a diario a las divinas portefías, vestidas de blanco y olientes a jazmines, a mujer y a mar: trinidad invencible de aromas" (1991 I 386).

<sup>7</sup> También conocidas como Feria de Olas Altas o Fiestas de Mayo por celebrarse, anualmente, durante ese mes y los primeros días del siguiente. Una crónica anónima, publicada en *El Correo de la Tarde* el 12 de mayo de 1897, remonta el origen de la prestigiada y difundida festividad popular tres décadas atrás. Sus juegos de azar y diversiones mecánicas, el menú de las carpas y sus audiciones musicales, fueron recreados con leves toques de ironía por Nervo, quien ignoró tanto la leyenda áurea del Mazatlán en el que "no existía entonces la burla moderna... del papel", y en cuya feria corría "más oro que plata", como la versión de quienes veían, en dichas fiestas, una "escuela" de corrupción social. "Así pasan los días de la temporada de Olas —concluyó Román el 8 de mayo de 1893—, pronto expirarán todos, y después Mazatlán volverá a su mutismo y haremos el cómputo de lo que ganamos o perdimos en ilusiones, en dichas o en dinero, durante las agitadas horas que revolotearon a nuestro alrededor y después huyeron, yo no sé dónde".

<sup>8</sup> Con el pretexto de celebrar el cuarto centenario de los viajes de Cristóbal Colón al continente americano, la Exposición de Chicago se llamó oficialmente "El mundo colombino". Entre abril y octubre de 1893, 27 529 400 visitantes pasaron por el vestíbulo de Jackson Park hacia las exposiciones tecnológicas, agrícolas, industriales y artísticas que, a pesar del halo fastuoso y civilizatorio, no atrajeron tanto la atención del público como los espectáculos del lodoso *midway*. La multitud, que consumió once toneladas de queso, formó interminables filas para presenciar el rodeo, el exotismo del "pequeño Egipto" y las contorsiones de la bailarina Hagenbeck (Claitor 88). Como el iluso apostador de Román, Ángel de Campo, Micrós (1868-1908), y el caricaturista José María

ya ni los quinientos ni los diez, por obra y gracia de alguna sota mal intencionada.

El que soñaba en comilona, pescó una indigestión.

El que anhelaba cocteles lamenta lo “crudo” de la suerte, como dicen, y el que esperaba “pelar la pava” encontró acaso un sustituto para esta agradable operación.

El lunes es, pues, día de los desengaños, de los desalientos, día en que los dependientes llegan tarde a su trabajo, y les parece obscura la tienda, pesado el libro mayor, mala la pluma, desleída la tinta, y advierten que el sol está pálido, como convaleciente de fiebre, quizá porque trasnochó en alguna fiesta ultraterrestre, dándose vuelo con sus perennes enamoradas las estrellas.

En cuanto a mí, observo que los lunes las ideas se me escapan, las cuartillas de papel vuelan de la mesa al menor soplo del aire y la voz del regente que pide material, me parece más fúnebre que aquella que deberá conmover todos los ámbitos del mundo en el día final y que de niño oía muchas veces durante mis pesadillas.

Levantaos muertos y venid a juicio...

*Román*

## II. Las ideas. Presagios de un baile<sup>9</sup>

Frente a frente de algunas cuartillas de papel y con la pluma en ristre, me he preguntado como Guy de Maupassant... ¿dónde están mis ideas? Y las he buscado en vano.

Hace mucho calor y parece que a su influjo se evaporan como se evapora el agua.

Han huído del cerebro, en apretado enjambre, como aves que hallan demasiado tibio el nido.

Me dejaron solo.

---

Villasana (1848-1904) intentaron hacer fortuna en Chicago, publicando un periódico que recrearía los días feriados. “El proyecto fracasó por falta de capital y de publicidad” (Treviño García 43).

<sup>9</sup> *El Correo de la Tarde*, 11 de septiembre de 1893, p. 1.

Solo frente al papel, blanco y terso como la superficie de un lago congelado; frente al tintero que me muestra su boca oscura, como el antro de una fiera; y por último cerca de la prensa que pide alimento para su vientre, que como el tonel de las danaidas jamás se llena...

La pluma en tanto no gusta de estar ociosa y borda el papel con líneas menudas y tortuosas.

Parece que teje una red para atrapar por medio de ella ese pájaro inquieto que se llama el pensamiento.

Pero él huye, huye muy lejos.

Arquímedes pedía una palanca y un punto de apoyo para remover el mundo; a mí me basta para mi crónica semanaria, una idea. ¿Podéis darme razón de las que se me han ido?

Las conoceréis fácilmente si las veis.

Son aves de modesto plumaje y como no se ciernen muy alto puede uno fácilmente columbrarlas.

No son cóndores que exploran las cimas desde su atalaya de rocas; ¡si al menos fuesen palomas!; algunas vuelan calladas y tristes, otras, parlotean a mi alrededor como las golondrinas: estas son las ideas alegres a las que llamo ahora.

Pero, ya lo he dicho, no vienen.

Mi cerebro es pues un nido vacío...

¡Ah picaruelas! Allá a lo lejos asoma octubre con su cielo muy azul y sus auras muy frescas; ¡qué perspectiva para vosotras!

Pero volverá diciembre, volverá con sus vientos fríos, con sus soledades, con sus tedios y entonces volveréis también vosotras en busca del nido, tiritando como la oveja cuyo vellón mojó la escarcha...

Os tentará sin duda el colorcito de mi estancia, os sentiréis atraídas por la llama azul del *punch* que preparan manos muy blancas, y llamaréis con vuestras alas a los cristales de mi ventana, como las golondrinas de Bécquer, pero no os abriré, ya que ahora sois asaz ingratas; no inquiriré por vosotras, exclamando, como el ilustre y malogrado Guy: ¿dónde están mis ideas?

El calor que vigoriza los campos, abruma el cerebro.

El invierno que hace dormir a la naturaleza, arropándola en un manto blanco, despierta el espíritu: es el mejor tiempo para pensar y sentir.

Cuando el calor es excesivo ni los pájaros cantan.

Cuando más, la cigarra enamorada del verano, deja oír a la siesta su estribillo interminable.

Los niños, enseñados por las nanas, dicen que en esas horas la cigarra lamenta su orfandad y su viudez.

Se me murió mi padre y no lloré.

Se me murió mi madre y no lloré.

Se me murió mi esposo y lloraré.

¡Pobre cigarra! Huérfana, viuda y sola; sigue ensayando tu monótona canción; cuando llegue el invierno, encontrarás vacíos tus graneros y pedirás en vano a la hormiga tu sustento, como yo ahora pido en vano también a mi cerebro algo ameno con qué recrear a mis lectoras.

—¿No sabe usted? Tendremos baile en el casino<sup>10</sup> el 15 de septiembre —me dijo el otro día una simpática pollita y una sonrisa placentera animaba su semblante.

—¿Tiene usted deseos de bailar?

—¡Ah, muchos!

—Pues que se realicen.

---

<sup>10</sup> Organizado en torno a un presidente y secretario, el casino de Mazatlán se ubicaba a un costado de la plazuela Machado. El “todo Mazatlán” de las reuniones minuciosamente descritas por Nervo halló en el casino su mejor escenografía, como la que se montó para recibir el año 1894: “el salón principal del casino se convirtió esa noche inolvidable en una mansión de hadas”. Diez años después, Nervo evocaría sus primeras crónicas: “año por año el 31 de diciembre asistía a un gran baile con el cual era costumbre que el casino, núcleo y resumen de la vida social porteña, despidiese al cansado diciembre y recibiese al prometedor enero. Al día siguiente escribía yo la crónica de la fiesta” (1991 I 1075).

Enrique Navarro<sup>11</sup> posee ahora un repertorio de hermosas piezas y Paulino García conoce una nueva receta para hacer *sandwichs*, que dirán: ¡comedme!

En cuanto a la *jéunesse doré* de este puerto, conserva una buena dosis de entusiasmo.

Y ese entusiasmo se traducirá en valsos, polcas, mazurcas y cuando esté por concluir, vendrá la danza, la danza de acompañadas cadencias, de notas suspirantes...

A bailar pues.

Román

### III. Words, words, words<sup>12</sup>

Llegó el lunes, ¡desperta ferro!, ¡fuerza es alistar la pluma!, limpiarla cuidadosamente, como se limpia un pincel, y dejadla luego que corra sobre el papel inmaculado, sobre el papel, terso, sobre el papel que aguarda con la muda impassibilidad de la materia inerte, el trazo, el bosquejo, la línea...

Oh, amigo Rubén Darío,<sup>13</sup> soñador perenne de mil bellas mentiras; tú que posees esa mágica paleta que tiene tan vivos colores; tú que así nos pintas el ocaso que sangra al atardecer, como el mar que se cobija en manto gris; tú que sorprendes a los gnomos en sus grutas encantadas y enumeras los zafiros y los topacios, las esmeraldas y las amatistas que guardan esos avaros pigmeos; tú

---

<sup>11</sup> Músico nayarita muy estimado en Mazatlán. De Tepic llevó al puerto su popular schottisch *Amor imposible*, cuya introducción sentimental, interpretada con violonchelo y acompañamiento de violín, flauta y contrabajo era "la mejor caricia para el oído, en las noches primaverales en que se 'corre gallo' a la luz de magnífica luna", según Román, quien en otra crónica consignó el precio de esas serenatas particulares: \$ 8.80 por hora.

<sup>12</sup> *El Correo de la Tarde*, 26 de marzo de 1894, p. 1.

<sup>13</sup> La "amistad literaria" que había alcanzado Nervo, vicariamente, en la etapa azul de Darío, se consolidó personalmente en 1900, cuando ambos coinciden en la Exposición Universal de París.

que amas tanto el sonrosado de la aurora y las palideces del alabastro de la luna, góndola ideal, que lleva en su fulgor algo de ensueño y esperanza... tú que sabes decir tan bellas cosas, oh amigo del país encantado donde titilan mucho las estrellas, ¡cuál describirías, si en mi lugar estuvieses! Aquella multitud híbrida que invadía el jueves y el viernes últimos las naves del templo<sup>14</sup> con los postreros fulgores del sol poniente; aquella amalgama de luces y de sombras; aquella confusión de armonías y ruidos: el órgano que canta con la múltiple voz de sus trompetas, el rumor atiplado de la quintañona que reza sin saber ella misma lo que dice; el leve ceceo que producen los labios de la virgen que dice *sottovóce* el *Padre nuestro*; aquella diversidad de tipos: el elegante que pasea por las naves laterales mirando con curiosidad a las devotas amigas del viacrucis; la dama que, atenta al devocionario, advierte, no obstante, las distracciones del pequeñuelo arrodillado cerca de ella y la pellizca en la parte menos angulosa de su cuerpo; la joven que veladas las gallardas formas por negra seda, ocultos los rizos entre blondas negras también, pasa y repasa su camándula de nácar entre los dedos rosados, y en tanto que sus labios dan salida al rezo, sus miradas vagan de aquí para allá como la hama-ca tendida y su espíritu, mariposa invisible, vuela por todos los ámbitos del templo, escapa por la ojiva cubierta con cristales de colores, que tamizan los rayos del crepúsculo y se aleja en pos de horizontes de oro, hasta llegar a la extensión azul de los sueños...

Tu frase dúctil, fácil y gallarda, nos dijera qué anhelos infinitos hacían que se levantase a intervalos, henchido de suspiros, el pecho de aquella devota puesta de hinojos cabe la balaustrada del altar mayor, como se levanta el plumón suave de una paloma fatigada; dijéranos, asimismo, qué mundos de luz vislumbra aquella otra devota estática que arrullada por los acentos místicos del órgano, entornaba dulcemente los ojos guarnecidos de negras pestañas, entreabría los labios carmíneos y sonreía con fruición inmensa. Por tí sabríamos que expresaban la mirada picaresca, la sonrisa burlona, los graciosos mohínos de aquella vivaz muchacha que

---

<sup>14</sup> El templo o catedral nueva de Mazatlán, construido en las antiguas calles de Faro y Puente.

tras la gruesa columna “asistía” al sermón de las siete palabras. Por ti... pero, oh, amigo Rubén, caprichoso artífice de esa filigrana que se llama el libro *Azul* estás muy lejos y ahora sorprendes acaso lo que dice el viento que vuela sobre la llanura inmensa de las pampas; lo que canta el Plata caudaloso; o te paseas lentamente, la diestra en el bolsillo de la americana y la siniestra acariciando la negra barba, por las avenidas henchidas de transeúntes de la gran capital argentina<sup>15</sup>, que Federico Gamboa, el autor de *Apariencias*<sup>16</sup>, no puede aún olvidar.

En tanto, yo forjo mi revista semanal, que suele ser un conato de crónica y nada más. Mi imaginación, paleta de donde intento tomar colores, sólo me ofrece colores tristes: me brinda el rojo, pero un rojo semejante al de las llagas del Cristo que se erguía ayer, ante mí, solitario en la cruz; me ofrece el blanco, pero es un blanco semejante al de los cirios que chisporroteaban ayer en el altar, luciente como obra de orfebrería caprichosa; me da el azul, pero es el leve azul de las espirales del incienso; el rosa, pero es el rosa pálido de aquellas mejillas de la *mater dolorosa*, opacadas por el llanto...

Es “la corriente azul del misticismo” la que inunda el alma.

Dejémosla pasar y cuando palidezcan aquellos colores y otros la sustituyan, vivos y alegres, pintaré lectora, para ti, llamativas acuarelas, cuadros sonrientes... Ahora sólo podría ofrecerte sombríos Rembrandt.

Oh, amigo Rubén, si me prestases tu paleta.

*Román*

---

<sup>15</sup> Después de la segunda edición de *Azul* (Guatemala, 1890), Darío empezó a ser noticia fuera de su país. El 14 de julio de 1893, *El Correo...* publicó una gacetilla, tomada de un periódico neoyorquino, que destacaba el tránsito de Darío en la urbe hacia Buenos Aires. La nota, muy probablemente redactada por Nervo, añadía una especie de programa personal: “Darío es muy joven, tiene fe en el porvenir, mucha constancia en el estudio, laboriosidad incansable y cada día se espera más de su asombroso talento”.

<sup>16</sup> Tanto esta obra de 1892, como *Impresiones y recuerdos*, publicada en Buenos Aires al año siguiente, fueron oportunamente comentadas en *El Correo...*



IV. Prosa del lunes<sup>17</sup>

Cuando Claudio Frollo,<sup>18</sup> el que fue espiritual cronista de *El Universal*, se encontraba en uno de esos momentos de aridez intelectual en que se busca una idea y no se halla y se tiene delante un rimero de cuartillas que con la muda impassibilidad de las cosas esperan que el articulista deje correr sobre ellas la pluma; cuando Claudio Frollo, digo, pasaba por esa vía dolorosa de la total ausencia de pensamientos y de imágenes, cuentan quienes le conocen que exclamaba: “¡Hoy comí burro!”

La frase es gráfica, y dicha con la desesperación de la impotencia, pinta a maravilla el estado de ánimo del escritor que, *volente vel nolente*, tiene que garrapatear algo para el periódico del día siguiente, y no acierta a empezar.

Las ideas son traidoras: suelen faltar a lo mejor, poniendo en singular aprieto a quien fía demasiado en sus favores.

Sucede, por ejemplo, que en un banquete, a los postres, los comensales hacen sonar las copas con los cuchillos, “bomba por fulano”, dicen. Fulano es un hombre de fácil palabra, acostumbrado a hablar en público; pero cádate que en aquel momento estaba entregado a pensamientos muy ajenos a la fiesta. La angustia por que pasa es indecible; se le presenta un dilema aterrador: si habla va a decir necedades y sufrirá menoscabo su brillante reputación de hombre agudo y discreto; si no habla dirán todos: nada se le ha ocurrido; es, pues, un zote: ¡cómo decían que tenía talento!

En otros tiempos, quien en tal disyuntiva se encontraba, poníase de pie; empuñaba la copa rebosante de champagna y con voz compungida exclamaba.

—Señores: en tan solemnes momentos la emoción me ahoga; nada puedo decir, el silencio es más elocuente...

Y fuerza era que cada cual tradujese para sí la sublime elocuencia de aquel mutismo, porque lo que es el orador, no volvía a

<sup>17</sup> *El Correo de la Tarde*, 18 de junio de 1894, p. 1.

<sup>18</sup> Uno de los diez seudónimos de Ignacio M. Luchichí (1859-1918).

hablar: se sentaba tranquilamente y seguía comiendo, en tanto que los concurrentes aplaudían.

Tal arbitrio es ahora de mal tono, cursi, inconveniente.

¡Oh espantosa tiranía de las ideas!

Enmudecer cuando está uno al lado de una mujer hermosa a quien ha requerido de amores, bien está, suele ser indicio de profunda conmoción interna<sup>19</sup>; pero enmudecer frente a una muchedumbre implacable que exige verba y más verba, es atroz.

Y atroz es, asimismo, pasarse las horas con la pluma en la mano, intentando atrapar una idea que pasa, os zumba al oído como los zancudos y burla vuestra persecución.

La perplejidad del prosista, en casos tales, es semejante a la del pescador que siente que un pez tira de la cuerda; saca a flote el anzuelo y se encuentra con que se comieron la carnada; y más semejante aún a la perplejidad del orador a quien le revuelven los papeles cuando empezaba a leer su discurso.

Recuerdo en este momento, y viene al caso, lo que aconteció a un estimable sujeto en el teatro Rubio<sup>20</sup>.

Nombrado orador para una solemnidad cívica, subió a la tribuna, con su correspondiente legajo en la diestra y después del conabido “señores”, dijo con voz clara y vibrante, [*en el ejemplar consultado falta una palabra*] así:

—Desde el oriente hasta el occidente y del septentrión al medio día...

Aquí intentó leer su discurso que con tal frase daba principio, pero “anda vete”; se le había traspapelado la primera hoja; mientras la buscaba repitió:

—Desde el oriente hasta el occidente y del septentrión al medio día...

---

<sup>19</sup> Nervo ironizó a esta clase de amantes en “Amores mudos”, relato en el que afirma el protagonista: “el que ama habla, porque según el proverbio latino: ‘de la abundancia del corazón habla la boca’. Y si el corazón abunda en ternura, se siente inundado de afecto, ¿cómo podrían enmudecer los labios? Los amores mudos no existen, serían amores monstruosos” (*El Correo de la Tarde*, 21 de mayo de 1894, p. 1).

<sup>20</sup> El actual Teatro Ángela Peralta, rebautizado en honor de la diva mexicana (1845-1883), quien falleció en Mazatlán —antes de cantar para los porteños— infectada de fiebre amarilla, junto con la mayor parte de su compañía.

El maldito papel no aparecía; el orador, sudoroso y pálido, revolvió más y más el legajo, y por fin, desesperado de encontrar la hoja endiablada, clamó de nuevo, casi con ira:

—Desde el oriente hasta el occidente y desde el septentrión hasta el mediodía...

Siguió leyendo lo primero que tuvo a la vista.

Repito: ¡oh tremenda tiranía de las ideas...! Y vean ustedes, yo que estaba a punto de exclamar como Claudio Frollo “¡Hoy comí burro!”, veo, por mi buena estrella, que si tal sucedió, lo digerí ya, pues me encuentro con ocho cuartillas escritas de cabo a rabo, con las que, no queriendo tentar más a la suerte, me doy por satisfecho y pongo punto final a este articulejo.

*Román*